

EDITORIAL

IN MEMORIAM AL MANIFIESTO DE CÓRDOBA

Manifiesto de Córdoba inspira nuestro claustro de fin popular

Himno de la Universidad Autónoma Latinoamericana

La juventud universitaria protagonizó dos acontecimientos centrales en la historia del siglo xx: el Manifiesto de Córdoba y el Mayo del 68 francés. Ambos sucesos, que tuvieron como principal protagonista al estudiantado universitario de los dos países, trajeron consigo cambios no solo de carácter universitario, sino que promovieron transformaciones de alcance político y social. Mas siempre el ímpetu y romanticismo juvenil ha tratado de ser acallado por medio de la represión y la violencia oficial. Y el ejemplo paradigmático de este procedimiento lo constituye la matanza de la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco, ciudad de México. Pues ahora que estamos cerca de conmemorar el primer centenario de la huelga de los estudiantes de Córdoba, de su trascendental manifiesto y de la reforma universitaria a que dio lugar, la Universidad Autónoma Latinoamericana (UNAULA) tendrá, necesariamente, que ocuparse de este importante acontecimiento, pues sabe que le sirvió de acicate.

Hace cien años la protesta estudiantil de Córdoba, por medio de su Manifiesto, inició el movimiento en búsqueda de una reforma universitaria en América Latina. Esta protesta se extendió rápidamente a otras universidades, y con la enseña de la necesidad de cambios en la estructura y funcionamiento de la universidad se fundó el movimiento estudiantil americano y se reclamó la participación del estudiantado en el gobierno de los centros docentes, la autonomía política, docente y administrativa de la universidad, la libertad de cátedra y la participación activa de la universidad en la vida pública y política en todos los países. Por estas razones, el Manifiesto, y la reforma universitaria que provocó, es pieza básica de la historia de América Latina.

Los estudiantes cordobeses tuvieron la osadía de enfrentar el poder político y religioso de la época, en busca de transformar la concepción y el manejo de la educación superior argentina. Su rebeldía y romanticismo se pusieron a prueba. Era una lucha desigual en la que la fuerza estaba en su contra, pero no se atemorizaron, pues eran conscientes de que la razón estaba de su parte. La universidad era una institución autocrática, enclaustrada en su recinto, en la que su gobierno, la designación de sus autoridades y la definición de sus programas eran definidos sin que la comunidad universitaria tuviera mayor participación. Luchaban por construir una universidad moderna en su concepción política, social y científica y en su régimen administrativo, y eran conscientes que, sin agitación, movilización y protestas las reivindicaciones nunca se habrían materializado.

En pleno fragor de la Primera Guerra Mundial, y mientras la Revolución Rusa y la Revolución Mexicana se constituían en referentes políticos e ideológicos de la inconformidad juvenil, los estudiantes cordobeses lanzaban su grito de combate: “La rebeldía estalla ahora en Córdoba y es violenta porque aquí los tiranos se habían ensoberbecido”.¹

¹ Todos los fragmentos citados hacen referencia al Manifiesto de Córdoba, recuperado de <http://observasur.org/wp-content/uploads/2017/06/Manifiesto-de-C%C3%B3rdoba.pdf>

Luego, eleva el tono frente a la posible represión: “Si en nombre del orden se nos quiere seguir burlando y embruteciendo, proclamamos bien alto el derecho sagrado a la insurrección”. Y para que el descontento no aparezca gratuito, o sin causa, expresan el motivo de su inconformidad: “Autoridad universitaria, tiránica y obcecada que ve en cada petición un agravio y en cada pensamiento una semilla de rebelión”.

La consecuencia de estos planteamientos es clara y concluyente, como corresponde a universitarios sin tapujos ni dobleces: “La juventud ya no pide. Exige que se le reconozca el derecho a pensar por su propia cuenta. Exige también que se le reconozca el derecho a exteriorizar ese pensamiento propio en los cuerpos universitarios, por medio de sus representantes”. Y no se conforma con que el movimiento se encierre en Argentina y formula una exhortación: “La juventud universitaria de Córdoba, por intermedio de su federación, saluda los compañeros de la América toda y los incita a colaborar en la obra de libertad que inicia”. Se trata de un manifiesto que sacude la comodidad y el facilismo, e invita a la lucha contra el autoritarismo, el conformismo, la exclusión y al combate por la representación estudiantil en los órganos de dirección.

Empero, el Manifiesto va más lejos de las reivindicaciones gremiales y políticas e imparte lecciones sobre el proceso de enseñanza-aprendizaje. Primero, critican y aceptan que “los métodos docentes estaban viciados en un estrecho dogmatismo, contribuyendo a mantener a la Universidad apartada de la ciencia y de las disciplinas modernas”. Luego, proponen métodos para corregir las fallas de dirección y de docencia: “La autoridad, en un hogar de estudiantes, no se ejercita mandando sino sugiriendo y amando: enseñando”, por lo que “en adelante, solo podrán ser maestros en la futura república universitaria los verdaderos constructores de alma, los creadores de verdad, de belleza, de bien”. De tal modo que “si no existe una vinculación espiritual entre el que enseña y el que aprende, toda enseñanza es hostil y de consiguiente infecunda. Toda educación es una obra de amor a los que aprenden”.

Las ideas, propósitos y anhelos del Manifiesto de Córdoba no solo fueron útiles para cambiar la universidad de ese entonces, comienzos del

siglo xx, sino que también deben servir para alentar la universidad de hoy, alborada del siglo xxi, para que extienda su cobertura, integre los saberes, recupere la formación humanista, promueva el espíritu crítico, la opinión personal y la creatividad, refuerce la libertad de pensamiento y de cátedra, amplíe la democracia, potencie la investigación, fomente la solidaridad y la cooperación, perfeccione la docencia, forme ciudadanos responsables y comprometidos y califique los profesionales competentes que la sociedad requiere para que estén capacitados y puedan así afrontar los retos del mundo actual. De allí, la trascendencia del Manifiesto de Córdoba y su permanente vigencia.

Si frente a la violencia y el dolor de las guerras existe el deber de recordar, y para muchos la necesidad de olvidar, con el fin de no generar una atmósfera de venganza y retaliación, frente a hitos de la rebeldía universitaria como el Manifiesto de Córdoba de 1918, existe el deber de recordar para generar sentimientos de reconocimiento y admiración por la gesta estudiantil, y para todos los universitarios del siglo xxi, la necesidad de no olvidar para así enaltecer lo que hicieron los estudiantes por la construcción de una universidad autónoma, democrática y de libre pensamiento, que tuviera la obligación perentoria de convertirse en instrumento de cambio político y de mejoramiento científico y social.

Los editores